

Trabajar con las palabras como cosas, como cosas con su peso, forma, ritmo, timbre. Trabajar con las palabras como cuerpos complejos contruidos con conjuntos de sonidos o de trazos, como cuerpos que se articulan con otros al formar un texto, que a su vez afecta a otros cuerpos (de quien habla, quien escribe, lee, escucha).

Trabajar con las palabras como objetos y vehículos de ideas, sensaciones, de afectos, de pasiones, emociones, sentimientos, pensamientos. Aun sabiendo que esos sentimientos/pensamientos son siempre, en una u otra medida, lugares comunes. Explorar su condición de lugares comunes. Su condición de lugares. Su condición común, compartida, repetida.

Trabajar, en este caso y en el del libro anterior, con la prosa. Con una prosa que se pretende musical aun sin tener ritmo regular ni rima, “lo bastante flexible y sacudida para ceñirse a los movimientos líricos del alma, a las ondulaciones del ensueño, a los sobresaltos de la conciencia.” Trabajar con una sintaxis compleja, vacilante, que refleje esos movimientos, ondulaciones, sobresaltos, y en el caso de este libro el entrelazarse y tironearse del pasado, el futuro, y el presente.

Trabajar con las palabras como cosas que se inscriben en lugares, en objetos, que circulan por los cuerpos al decirse, al escribirse, al leerse. Con el libro como objeto, como cosa material, con su textura, tamaño, forma en el espacio que se relaciona con el cuerpo del lector.

Trabajar con textos encontrados como si fueran propios y con textos propios como si fueran ajenos. Dejar que en los textos propios se inmiscuyan otras voces, otros cuerpos, pedir que otras voces lean mis textos como propios, en una suerte de teatro desprovisto de drama.

Contra la idea del libro como totalidad cerrada en sí misma, trabajar con libros de los cuales el lector no tiene nunca sino una porción, un pedazo, una pieza, una versión posible, incompleta.

Contra la idea del libro como sucesión en un orden predeterminado, la idea del libro que puede recorrerse como una ciudad, en varias direcciones, que producen diferentes ensamblajes de los materiales que lo constituyen.

Contra la idea del libro como un objeto que se compra, como mercancía, la idea del libro como un juego que se propone y se juega entre varios, como un objeto intercambiado, en un asimétrico trueque, por el trabajo que el lector aporta para fabricarlo, que completa y complementa el trabajo que el autor ha puesto en él. El libro como colaboración entre alguien que escribe, algunos que diseñan, otros que doblan, que cortan, que montan, que pegan, y leen.

Planificar obsesivamente cada detalle de la ocasión en la que el libro se produce, se publica. Saber que a pesar de esa planificación, se colará el azar, desordenando todo. Como decía un amigo, tus poemas los construyes para que funcionen como relojes, pero son en realidad bombas de tiempo que tarde o temprano explotarán entre tus manos, o las del lector. Un canto no a mí mismo (I now thirty seven years old, in perfect health begin), sino a mí en la medida en que no coincido conmigo. A los que se han ido, a los que vendrán: “No, no, la obra de arte no está destinada a las generaciones futuras. Se ofrece al incontable pueblo de los muertos. Que la aprueban. O la rechazan.”

Este libro lo empecé a escribir el 2009, en mi primer verano de vuelta en Chile, justo antes del terremoto que nos hizo salir del departamento en que lo comencé. Cada ejemplar tiene 36 páginas. Como un rollo de fotos, como la edad que estaba a punto de cumplir cuando empecé a escribirlo. Este libro no lo he terminado, vamos a terminarlo juntos a continuación.